

La mujer japonesa

REALIDAD Y MITO

Elena Barlés y David Almazán
COORDINADORES



COLECCIÓN FEDERICO TORRALBA
DE ESTUDIOS DE ASIA ORIENTAL





COLECCIÓN FEDERICO TORRALBA
DE ESTUDIOS DE ASIA ORIENTAL

LA MUJER JAPONESA, REALIDAD Y MITO

Elena Barlés Bágüena
y David Almazán Tomás
(coordinadores)

PRENSAS UNIVERSITARIAS DE ZARAGOZA
ASOCIACIÓN DE ESTUDIOS JAPONESES EN ESPAÑA
FUNDACIÓN TORRALBA-FORTÚN
INSTITUTO ARAGONÉS DE LA MUJER

La mujer japonesa, realidad y mito / Elena Barlés Baguena, V. David Almazán (coordinadores). — Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008. 1.027 p. : il. col. y n. : 22 cm. — (Colección Federico Torralba de España de Asia Oriental : 3)
ISBN 978-84-7733-998-4
1. Mujeres-Japón. I. Barlés Baguena, Elena. II. Almazán, V. David. III. Prensas Universitarias de Zaragoza. IV. Serie: Colección Federico Torralba de España de Asia Oriental (Prensas Universitarias de Zaragoza) : 3
305-055.2(52)
299.52*19*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© Los autores
© De la presente edición, Prensas Universitarias de Zaragoza
1.ª edición, 2008

Diseño de la cubierta: Fernando Lasheras

Colección Federico Torralba de Estudios de Asia Oriental, n.º 3

Directora de la colección: Elena Barlés

Secretarios: V. David Almazán Tomás y Luisa María Gutiérrez Macho

Prensas Universitarias de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

Prensas Universitarias de Zaragoza es la editorial de la Universidad de Zaragoza, que edita e imprime libros desde su fundación en 1542.

Impreso en España

Imprime: INO Reproducciones, S. A.

D.L.: Z-1421-2008

ESTÉTICA, LITERATURA Y MUJER JAPONESA

317 La mujer en el *Man'yōshū*, Antonio Cabezas

331 *Kagyōhime*: mujer fantástica o mujer real, Kayoko Takagi

345 Las grandes damas escritoras del antiguo Japón, Ángel Ferrer Casals

365 La mujer en el *haikai japonés*,
Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala

375 *Kabuki*: ¿un teatro sin mujer? Sombras, luces y contrastes del *onnagata*,
Fernando Cid Lucas

401 Akuyo ni isuite: veintiseis narraciones en busca de una identidad,
Pau Pitarich Fernández

415 Belleza masculina y belleza femenina en el *esteticismo clásico japonés*,
Federico Lanzaco Salafrañca

PASADO Y PRESENTE DE LA MUJER JAPONESA EN LA SOCIEDAD

421 El código *Onna-daigaku* y su entorno histórico, Jesús González Valles

445 La visión de la mujer japonesa en el Bushido de Inazo Nitobe,
M.^a Teresa Rodríguez Navarro

461 Vida de Hosokawa Gracia, cristiana japonesa, Osami Tazikawa

473 Las mujeres y los regímenes totalitarios de los años treinta y cuarenta
del siglo XX en Japón y España: la política antifeminista, Akemi Sano

491 Mujeres militantes, voces disidentes: Kaneko Fumiko,
Monise Crespín Perales

507 Una lectura de Nationalism and Gender: Ueno Chizuko en la historia
intelectual contemporánea, Alfonso J. Falero

525 Lo público y lo privado en la mujer japonesa, Rosa M.^a Morente

537 Torendo-rida: estilos de vida de la mujer japonesa contemporánea,
Ana M.^a Goy Yamamoto

563 Nuevos retos de la mujer japonesa, Minerva Terrades Oliveras

581 Paradojas de exceso y de contención en la mujer japonesa universitaria,
Pilar Garcés García

597 ¿Cómo se comportan las mujeres japonesas según el contexto social?
Análisis de sus gestos, Raquel Rubio y Takeshi Fushimi

613 Entre palmas y pilos: mujeres japonesas en España,
M.^a Dolores Rodríguez del Alisal

629 El fenómeno de la migración de las mujeres japonesas: de la hipótesis
al campo, Anjhará Gómez Aragón

641 La mujer japonesa: igualdad jurídica versus igualdad real,
Francisco Barberán

MUJERES MILITANTES, VOCES DISIDENTES: KANEKO FUMIKO

Montse Crespín Perales
(Universidad de Barcelona)

DICEN QUE LA HISTORIA la escriben los vencedores. Ellos, a los que la historia da la razón con la victoria (o la sinrazón de algo que podría haber sido de otra manera), son acentos o proclamas de un azar histórico o cultural que les hace ocupar un lugar privilegiado. La historia, desde mi punto de vista, no es ni una línea recta ni una vuelta constante sobre el mismo círculo. Para mí, la historia es igual que los anillos que se forman en el tronco de un árbol: si los seguimos con la vista y el tacto de nuestros dedos podemos leer su edad así enlazada y entre todos esos anillos concéntricos encontrar algunos que destacan por encima de muchos otros. Sin embargo, nunca debemos abstraer de esa historia viva solo aquellas circunferencias o curvas más obvias a nuestra observación, sino también prestar atención a aquellos otros anillos vitales que nos parecen vacilantes, leves como pisadas de pájaro.

La figura de Kaneko Fumiko (1903-1926) es quizá un ejemplo de esos anillos vitales vacilantes que requieren de nuestra atención porque sin ellos todo el tronco histórico o no existiría o simplemente sería diferente. Cada persona colabora en la creación de la historia porque expresa en su existencia la vida y hace vida; porque expresa historia y a la vez hace historia. En esa dialéctica entre acción y expresión, podemos decir con Nishida Kitarō que «la historia es que lo que el hombre hizo a su vez haga al hombre».¹ De Kaneko Fumiko

¹ Nishida, Kitarō, «Problemas de la Cultura Japonesa», en Zavala, Agustín Jacinto, *Textos de la filosofía japonesa moderna. Antología*, vol. 1, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1995, p. 80.

puede decirse en primer lugar que, al proclamar su libertad y autonomía en cuanto que individuo, actuó y expresó esa dialéctica. Sobre la valoración o los resultados de ese diálogo de una mujer y su tiempo podemos discutir más adelante. Sin embargo, quedémonos ahora con su actuación y expresión en cuanto que voz disidente.

La voz de un disidente es la voz que se separa de la doctrina comúnmente aceptada, de ciertas creencias o conductas que muchas veces se enquistan y convierten en piedras que nada comunican, en simples cajones en los que ordenar sin cuestionarse. Kaneko Fumiko es una de las mujeres disidentes que surgieron en la era Taishō (1912-1926).² Los quince años que comprenden la era Taishō son reflejo de diversos cambios y revueltas sociales, económicas y políticas. Hay un movimiento político y social que pugna entre el anhelo democrático del pueblo japonés (sobre todo de la nueva clase burguesa que entonces empieza a emerger), la revolución industrial, social y cultural en marcha y, por otro lado, entre el subsistente pasado social construido dentro de los marcos rígidos de la diferencia de clases. Ese abismo entre ricos y pobres, esa estructura social que radicalizaba, a medida que progresaba la industria y las relaciones con el imperialismo europeo, las diferencias entre trabajadores y patronos, mostraba una estructura social bastante débil.

Una de las voces independientes y discrepantes que surgieron a la sombra de esa debilidad social fue la de Kaneko Fumiko. Como dice Hane Mikiso, la vida de Kaneko estuvo condicionada por el ambiente social en el que vivían los sectores de dos sociedades.³

2 Otra de las mujeres con voz disidente de aquellos años, aunque perteneciente en sentido estricto a los últimos años de la era Meiji, es Kanno Sugako (1881-1911). Su figura es clave en la conspiración para matar al emperador en 1910, conocida con el nombre de *caso de Alta Traición*. Por ello, fue detenida junto a veintiséis personas más, doce de las cuales, incluida ella, fueron ejecutadas. De ahí el título que se da a sus diarios: «Reflexiones camino de la horca». Véase la traducción al inglés de esas anotaciones en Hane, Mikiso, *Reflections On the Way to the Gallows. Rebel Women in Pre-war Japan*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1993, pp. 51-74.

3 *Ibidem*, p. 75.

Pasó su infancia en Corea, donde la población indígena estaba empobrecida y oprimida como resultado de la anexión de este país por parte de Japón en 1910. Vivió su adolescencia en el Japón, donde ser mujer y trabajadora era signo de miseria y enfermedad. En aquellos años, más de la mitad de los trabajadores eran mujeres jóvenes que trabajaban fundamentalmente en la industria textil. Las malas condiciones laborales (insalubridad, horarios de más de doce horas) producían que la mayoría de ellas contrajeran enfermedades y murieran siendo aún adolescentes.

Sin embargo, la vida de Kaneko Fumiko no solo fue hija de su tiempo y víctima de esa situación social, sino que fue también ejemplo sangrante de la degradación que produce la implantación del capitalismo en cualquier revolución industrial, así como signo de la anemia en la que cae la institución familiar.

Su nacimiento en la ciudad de Yokohama estuvo marcado por el desarraigo y la falta de vínculos afectivos normales con sus padres. Su padre, un alcohólico despreocupado de sus responsabilidades para con su mujer e hijos. Su madre, una mujer que buscaba constantemente la mejora de su situación económica y vagaba para ello por múltiples relaciones con hombres. La pobreza hizo que su madre llegara a pensar en vender a Kaneko a un burdel para conseguir algo de dinero con que subsistir. Los años que Kaneko pasó en Corea no fueron diferentes. Allí, acogida por su abuela, se la trataba como a una sirvienta y se la despreciaba por sus orígenes pobres. Sin embargo, los siete años que vivió en ese país le servirían en el futuro para simpatizar con el pueblo coreano, que durante aquellos años era maltratado por las autoridades militares y civiles japonesas. Kaneko negaba toda autoridad (estatal, paterno-filial o religiosa) como resultado del trato recibido por parte de sus padres y abuela, así como por su consciencia de la situación social tanto en Corea como en Japón. La única premisa que rechazaba es la que según su punto de vista subyace a cualquier forma de realidad: los fuertes se comen a los débiles. Esa única ley universal, como ella indicó en el

interrogatorio al que la sometieron tras ser arrestada junto al anarquista coreano Pak Yeol (1902-1974), acusados injustamente de conspirar para asesinar al emperador, fue la que le hizo adoptar el nihilismo:

En cuanto al significado de mi nihilismo... en una palabra, es el fundamento de mis pensamientos. La meta de mis actividades es la destrucción de todas las cosas vivas. Siento una ira ilimitada contra la autoridad paterna, que me oprimió con su rimbombante nombre de amor paternal, y contra el estado y la autoridad social, que abusó de mí en nombre del amor universal. Habiendo observado que la realidad social por la que todas las cosas vivientes en la tierra son incesantemente empeñadas en la lucha por sobrevivir, que se matan los unos a los otros por sobrevivir, mi conclusión es que si hay una absoluta ley universal en esta tierra, es la realidad por la cual los fuertes se comen a los débiles.⁴

Kaneko Fumiko y el coreano Pak Yeol fueron arrestados dos días después del gran terremoto que asoló la zona Kantó el 1 de septiembre de 1923. Según los datos que aporta Kaibara Yukio, en Tokio murieron cerca de 90 000 personas, la mayoría a causa de los incendios.⁵ El Gobierno reaccionó ante el caos producido como consecuencia del desastre natural difundiendo rumores sobre el envenenamiento de pozos y el destrozo de hogares por parte de la ciudadanía coreana. El ambiente de pánico y la creencia por parte del pueblo japonés de la veracidad de esas acusaciones hizo el resto: los militares y la población japonesa arremetieron con saña contra muchos coreanos. La violencia irracional se amplió con posterioridad hacia los anarquistas, socialistas y comunistas, que fueron detenidos y en muchos casos asesinados. Kaneko Fumiko y Pak Yeol seguramente fueron detenidos bajo los auspicios del decreto publicado por el Gobierno japonés en aquellos días caóticos, por el cual

4 *Ibidem*, p. 121.

5 Kaibara, Yukio, *Historia del Japón*, México DF, FCE, 2000, p. 273.

«Quienes inciten a la rebelión, a la violencia o al daño de la vida o los bienes de otras personas a través de publicaciones u otros medios, serán condenados a 10 años de trabajos forzados como pena máxima».⁶ No obstante, se les acusaba de conspirar para matar al emperador, acusación del todo incierta. En el interrogatorio posterior a su detención, fechado el 22 de noviembre del 1923, le preguntaron a Kaneko sobre los motivos que la llevaron a acoger las ideas anarquistas y nihilistas. Ella contestó: «A causa de las circunstancias de mi familia y la opresión social».⁷

Basándonos en extractos de su diario escrito en prisión, así como en el citado interrogatorio, vamos a intentar seguir las razones que llevaron a esta mujer a su posición existencial nihilista. El nihilismo aparece cuando la concepción o concepciones del mundo que nos sustentan caen ante nuestros ojos perdiendo su significado. El nihilismo existencialista o pesimismo radical tiende a desmontar poco a poco, con su mirada aniquiladora, aquello que previamente quedaba incuestionado y que sustentaba los cimientos de nuestra realidad. Cuando ante nuestros ojos lo incuestionado es cuestionado y nos muestra su vacío se nos aparece que el mismo sentido de la vida no tiene sentido. El sistema de valores es un cascarón vacío o un horizonte al que le han borrado el horizonte.

Los valores y principios sobre los que se construye la sociedad japonesa en la que vive Kaneko Fumiko y de los que ella afirma que están totalmente desvalorizados son la piedad filial o amor paterno-filial, el desencanto de la revolución socialista, el rechazo de la autoridad religiosa y la crítica a la figura del emperador. Veamos, a la luz de diversos extractos de su diario escrito en prisión así como del ya citado interrogatorio, cuáles son los motivos de la desvalorización de estos principios y del acogimiento por parte de esta mujer de las ideas anarquistas y nihilistas.

6 *Ibidem*, p. 274.

7 Hane, 6p. cit., p. 119.

LA PIEDAD FILIAL

La corta vida de Kaneko estuvo marcada desde su infancia por la miseria, la pobreza y el desarraigo. En el interrogatorio le preguntaron sobre su familia e hizo el siguiente repaso de su vida:

No tengo familia en su sentido verdadero... Fui abandonada por mis padres y separada de mis hermanos y hermanas. No tengo una vida familiar. Mi nacimiento no fue registrado, así que también fui oprimida por la sociedad. Esto es un fallo del sistema social... [Después de llegar a Tokio] leí los escritos de Sakai Toshihiko y revistas socialistas. Viendo esto, mis padres creyeron que me estaba acercando a las ideas socialistas. Sobre el año 1922 me asocié con un coreano, Pak Yeol, desconocido y sin propiedades. Decidí vivir con él e informar a mis padres sobre ello... Después de empezar a vivir con él, mi padre me escribió una carta, en el mes de Mayo de aquel año, argumentando que yo era una descendiente de un Consejero del Reino, Fujiwara-no-Fusamae [681-737], quien vivió hace unas cien generaciones. Yo estaba deshonrando la ilustre línea familiar de los Saeki viviendo con un coreano. Me estaba repudiando y por tanto yo no podía pensar más en él como padre, según me escribió. Así pues, fui repudiada por mi padre, quien ya me había abandonado antes. Mi madre también me había abandonado... Ella incluso consideró venderme a un prostíbulo... Mis padres no me dieron amor y con todo querían obtener cualquier tipo de beneficio que pudiera venir de mí. El suyo es verdaderamente un amor egoísta, una forma de avaricia. Así pues yo, un objeto de avaricia, no puedo entender el significado del amor filial. La llamada moralidad se basa en la relación entre los fuertes y los débiles. Esa moralidad está siempre manipulada para servir a la conveniencia de los fuertes. Es decir, el fuerte insiste en preservar su libertad de acción a la vez que demanda la sumisión del débil. Desde el punto de vista del débil, la moralidad significa la aceptación de la sumisión para con los fuertes. Este principio moral es común a través de todas las épocas y todas las sociedades. El objetivo fundamental de aquellos que tienen el poder es preservar este principio moral tanto como les sea posible. La relación entre padres e hijos también se basa en este principio. Lo único que se hace es taparla con el sonido agradable del término «piedad filial».⁸

⁸ Ibidem, p. 119.

Una infancia y una adolescencia marcadas por el abandono y el repudio por parte de la familia transforman la mirada de esta mujer con respecto al amor entre padres e hijos. Como leemos en sus propias palabras, desde su mismo nacimiento vio vetada su propia identidad. El significativo hecho de no ser registrada por parte de sus padres y el fallo, por tanto, de la sociedad por no obligar al registro de los recién nacidos, impone desde el principio la negación de identidad social a aquel que vive pero que no ve reconocidos sus derechos como individuo. Lejos de ser este un problema lejano o encuadrado solo en la sociedad japonesa de aquellos años, nos encontramos en pleno siglo XXI con el hecho de que esta situación se repite en muchos estados y que sus ciudadanos son marcados, desde su mismo nacimiento, con la herencia de la pobreza y la miseria. Si además, como sigue sucediendo, a este hecho le unimos el factor de género, nacer mujer, nos encontramos además con muros adicionales para la libre expresión del ser humano.

A esa situación, que como la misma Kaneko reconocía no es simplemente un hecho responsabilidad exclusiva de sus padres, sino de la sociedad, tenemos que unirle la mirada xenófoba con respecto a la población coreana. Dicha xenofobia era de ida y vuelta, puesto que los coreanos sentían animadversión por los japoneses al igual que los japoneses por estos. La desconfianza mutua se remonta a la era Meiji (1868-1912) cuando el Gobierno japonés forzó a Corea a pactar un convenio intervencionista en plena guerra con Rusia. Dicho protectorado no hacía más que encubrir el trato colonialista de Japón respecto al pueblo coreano, que se sentía oprimido. El sentimiento antijaponés por parte del pueblo coreano se hizo cada vez más fuerte en la era Taishō, cuando surgieron en Corea movimientos contra la sujeción japonesa. Como señala Hane,

Los mandatarios japoneses habían impuesto una administración militar para mantener el nacionalismo coreano bajo control y además habían confiscado muchas granjas propiedad de granjeros coreanos, reduciéndolos al arrendamiento. Los coreanos que fueron a Japón en

busca de trabajo acabaron trabajando como mineros o trabajadores de la construcción.⁹

Así pues, podemos interpretar el repudio por parte del padre de Kaneko bajo la clave del odio mutuo entre coreanos y japoneses. Dentro del respeto a la herencia familiar durante siglos, el hecho de que Kaneko viviera con un coreano era mancillar el nombre ancestral de la familia. Por tanto, esta mujer no solo vio caer ante sus ojos el estamento familiar, puesto que previamente había sido abandonada en la práctica por toda su familia, sino que el argumento utilizado por parte de su padre no era nada más que otro de esos conceptos vacíos por los cuales se justifican hechos injustificables. A todos debería servirnos de advertencia la historia de la mujer que nos ocupa con respecto a nuestra situación actual. Los prejuicios respecto al extranjero son la enfermedad latente o pénciente de nuestro siglo. En la seguridad de nuestro mundo arropado miramos con desprecio a aquellos que simplemente no conocemos. Pensemos que dentro de unos años uno de los retos de la sociedad española, sin ir más lejos, será la mezcla de orígenes que conformarán la sociedad que nazca de las nuevas generaciones.

Volviendo a las palabras de Kaneko Fumiko, podemos entender que para ella la «piedad filial» no fuera nada más que una noción hueca. Siendo abandonada a su suerte por parte de sus padres y su abuela, el único aísbo de responsabilidad con respecto a ella se basaba simplemente en un argumento construido por la avaricia, por el interés paterno de salvaguardar el nombre familiar. Es normal que la conclusión a la que llegó esta mujer fuera la de que las normas morales, que regulan, supuestamente, la relación entre hombres y mujeres, entre padres e hijos y entre estados, no son nada más que reflejo de una ley universal que subyace en todas ellas: la de la sumisión de los débiles a los fuertes. La del pez grande que se come al pequeño. La angustia existencial, primero, y luego la nega-

⁹ *Ibidem*, p. 75.

ción de ese tipo de relación comunitaria, la de la familia, por parte de Kaneko, era, claro está, la única salida posible entre dejarse llevar por la sumisión o, siendo consciente de aquello que mueve lo que nos rodea, expresar el sinsentido, en este caso, de la institución familiar. Por consiguiente, ante este tipo de abismo bajo el propio origen, al sujeto solo le queda en pie su propio yo, su individualidad única e independiente, cuya verdad es la propiedad sobre su vida y su destino. Si esa autonomía del sujeto, su libertad, es a su vez coartada, se debe elegir entre ser, aun a costa de no poder expresarse, o dejar de ser.

EL DESENCANTO DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

A través de la figura de Kaneko Fumiko estamos ilustrando una de las voces femeninas disidentes de los años veinte en Japón. Ella es ejemplo de una persona que, frente a las adversidades sociales, económicas y aquellas que se le añaden por nacer mujer, decide finalmente confiar en lo único que tiene, que es ella misma, su identidad en cuanto que libre e independiente. En la lucha de clases y en la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, la educación juega un papel fundamental. El libre acceso a la educación por parte de las mujeres era en el Japón de entonces, y lo es aún en muchas sociedades contemporáneas, la asignatura pendiente para llegar a la plena equiparación de derechos entre hombres y mujeres. El afán de Kaneko por acceder a la educación es, por tanto, una lucha contra dos hechos: contra la pobreza y contra la desigualdad por razón de género.

Reflejo de esa lucha es la determinación de esta mujer por formarse intelectualmente. Cuando en 1919 Kaneko llega a Tokio tras pasar siete años en Corea, su deseo es estudiar. Para ello, tiene que conseguir salir de la pobreza en la que vive consiguiendo un trabajo. Solo el trabajo le permitirá pagar el acceso a una escuela. Rechaza las escuelas de mujeres que entonces funcionan en Japón puesto que estas solo enseñan normas de comportamiento y de

vestimenta que concluyen en una formación orientada a formar futuras esposas devotas y serviciales. Kaneko decide entrar en una escuela para hombres donde estudiar inglés, matemáticas y chino clásico. Por la mañana acude a las clases y por la tarde vende periódicos en la calle, lo que le permite el pago de sus estudios y el sustento en casa del patrono.

Es trabajando como vendedora de periódicos como entra en contacto con el socialismo. Se siente atraída por las ideas socialistas que proclaman la lucha por la igualdad y pretenden el cambio de la sociedad existente a una sociedad ideal donde no haya brechas sociales. Sin embargo, por diversos motivos, el socialismo también le parece una mentira más, una ideología que no hace sino esconder, tras las arengas igualitarias, el mismo principio subyacente en la familia y en la moral: el afán de poder, el afán de someter a los más débiles. Veámoslo con sus propias palabras:

Imaginé que los socialistas eran gente que crecía por encima de las modas sin sentido y la moralidad de la sociedad. Los veía como luchadores valientes sin interés en la fama, el honor y en la reputación social. Pensé que luchaban para destruir la sociedad pervertida de hoy y crear una sociedad ideal. Sin embargo, aunque ellos denuncian los aspectos irracionales e hipócritas de la sociedad y pretenden que son indiferentes ante las críticas sociales, la fama y la reputación, de hecho están gobernados por las mismas normas de la sociedad mundana. Buscan adornarse a sí mismos con ornamentos convencionales y seguir valores convencionales. Al igual que los generales muestran orgullosos las medallas que cuelgan de su pecho, los socialistas, para ganarse la vida, codician las veces en que han sido arrestados. Se sienten orgullosos de esto. Cuando fui consciente de este hecho, me alejé de ellos.¹⁰

Al principio Kaneko se siente atraída por las arengas socialistas que escucha mientras vende periódicos en la calle y lee algún panfleto que cae entre sus manos. No obstante, el velo de las ideas so-

¹⁰ *Ibidem*, p. 121.

cialistas cae ante sus ojos mostrándole su inconsistencia. El fundamento de las ideas socialistas se le aparece bajo el mismo principio que mueve toda la realidad, como ya vimos: la opresión del fuerte por encima del débil en cuanto que expresión última del afán por tener reconocimiento y poder.

En su diario lo afirma con claridad: lo que sucedería en el hipotético caso de un ascenso de los socialistas revolucionarios al poder sería simplemente el cambio de una autoridad por otra. La nueva autoridad funcionaría, al igual que la primera, movida por el poder y la sumisión de las masas:

Supongamos que se produce una revolución social, ¿qué ganarían realmente las masas? Los líderes ganarían poder y crearían un nuevo poder y las masas volverían a estar de nuevo esclavizadas por los poderosos. Así pues, ¿qué significa la revolución? Simplemente reemplazar una autoridad por otra.¹¹

A simple vista, pensaríamos de las reflexiones de Kaneko que no son más que expresión del pesimismo al que la vida la ha abocado desde su infancia. Así es, ciertamente. Pero también es resultado de su cuestionarse crítico. Ve, por ejemplo, que mujeres socialistas como Kutsumi Fusako actúan simplemente por el afán de notoriedad, por salir diariamente en los periódicos. O ve en uno de sus amantes socialistas que ante la pregunta sobre qué harían si se quedaba embarazada, le responde que ese no sería su problema, sino el de ella. Si las actitudes de aquellos que con la palabra dicen luchar por la igualdad de derechos se reflejan en la práctica en una irresponsabilidad total por sus propios actos, la pátina ideológica se revela ante los ojos de esta mujer otra máscara más de la hipocresía y de la avaricia humanas. El desencanto de ella frente a las ideas socialistas resulta ser, de este modo, más que justificado.

¹¹ *Ibidem*, p. 111.

EL RECHAZO DE LA AUTORIDAD RELIGIOSA: EL CASO DEL CRISTIANISMO

Una constante en la posición de Kaneko Fumiko es la negación de toda autoridad. La crítica a la noción de autoridad es reflejo de su rechazo ante cualquier estamento externo a nosotros mismos como sujetos libres y autónomos. Las teorías éticas y políticas heterónomas que subrayan el carácter de mandato desde una estructura vertical se oponen directamente a la autonomía e independencia del sujeto, a la misma naturaleza humana en cuanto sujeto capaz de reflexión sobre sí mismo y sus actos. Como dice Nishida Kitarō en su obra *Ensayo sobre el bien*,¹² seguir este tipo de teorías éticas o políticas sería establecer que el más ignorante de los hombres es el mejor, dado que sería el único que al no cuestionarse la figura de la autoridad, la obedecería ciegamente por temor, sin conocer ni preguntarse sobre los motivos de su actuación. La fe ciega en la autoridad la vemos no solamente en la idea de señor de Hobbes, fundamento de estados autoritarios, sino también en el mismo concepto de Dios (por ejemplo, en Duns Scoto). Kaneko Fumiko critica a los cristianos su fe ciega que esa autoridad trascendente, Dios, que según su punto de vista choca frontalmente con la misma naturaleza humana. De nuevo llega a esa conclusión a través de sus propias vivencias. Conoce a un joven llamado Itō (Saitō), miembro del Grupo de Salvación Cristiana con el que se relaciona durante un tiempo. Su acercamiento a ese grupo cristiano no hace más que corroborarle de nuevo en la práctica la hipocresía que también se esconde en dicha colectividad, finalmente incapaz de ayudar a hacer de este mundo un lugar mejor. Se siente profundamente defraudada cuando el joven Itō, al enamorarse de ella, pone fin a su amistad. De ahí que en el interrogatorio al que aludimos diga del cristianismo que es profundamente contradictorio:

¹² Nishida, Kitarō, *Ensayo sobre el bien*, trad. de Anselmo Mataix y José M.ª de Vera, Madrid, Revista de Occidente, 1963, p. 201.

Qué extraordinaria contradicción para un cristiano predicar el amor en la esquina de una calle pero abandonarlo a causa de un amor más puro e impoluto. Los cristianos están encadenados al concepto de Dios que ellos han creado. La suya es una fe cobarde de esclavos. La virtud y la belleza de los seres humanos consisten en vivir según su naturaleza, ingobernados por fuerzas externas. Decidí que no podía seguir las enseñanzas cristianas que predicaban una doctrina de vida en conflicto con los ideales de belleza y virtud.¹³

El seguimiento ciego de la autoridad, en este caso del concepto de Dios en cuanto que autoridad a la que investimos de potestad para dirigir nuestros actos, es de nuevo un signo más de decadencia y cobardía. Investir a un concepto «creado», según sus palabras, del poder de determinar nuestros actos no es más que ir contra la propia naturaleza humana, que tiene como las mayores de sus virtudes la libertad y la voluntad. Hay en estas pocas palabras de Kaneko Fumiko un fuerte argumento a favor del desarrollo libre de la propia personalidad. La manifestación de nuestra voluntad en cuanto que seres autococonscientes es aquello que nos diferencia del resto de seres vivos. Este rasgo, que también compartiría el gran filósofo Nishida Kitarō, es considerar el bien como la realización de las exigencias internas y el perfeccionamiento de nuestra voluntad. Al final, el yo y la personalidad deben ser los motores de la consecución del bien común. El desarrollo de la personalidad debe estar basado en la autenticidad y la sinceridad, autenticidad y sinceridad que desaparecen si trasladamos el poder de nuestra voluntad a un Dios hipotético o trascendente, alejado por tanto de la realidad. Al igual que Nishida en varias páginas de la obra mencionada, Kaneko Fumiko arremete contra la religión o religiones que demandan la pasividad del sujeto o el silencio de los deseos innatos del hombre, entre ellos el amor. La búsqueda religiosa no puede ser entendida en términos egoístas fruto de la espera de recompensa a nuestros méritos o fruto del miedo ante la divinidad.

¹³ Hane, óp. cit., p. 120.

LA CRÍTICA A LA FIGURA DEL EMPERADOR

En relación con la crítica a cualquier autoridad externa a uno mismo, debemos referirnos en último lugar a la opinión que Kaneko Fumiko tiene de la figura del emperador. El argumento que sostiene todas sus críticas respecto al sistema imperial japonés es el hecho incontestable de que todos los seres humanos son por naturaleza iguales. Establecer como entidad por encima del resto de los individuos una figura a sus ojos «inútil» va contra esa igualdad originaria e incontestable. El trato diferencial para con otro individuo al que se reviste de características y poderes sobrehumanos propios de la divinidad subvierte esa igualdad entre todos los seres. Kaneko tiene la valentía de expresar sus opiniones respecto a la figura del emperador en términos nada ambiguos:

Se supone que el emperador es venerable y eminente. Sin embargo su fotografía nos muestra que él es igual que el común de los mortales. Tiene dos ojos, dos piernas para caminar, y manos para trabajar como nosotros. Pero él no utiliza sus manos para trabajar y sus piernas para caminar. Esa es la única diferencia. La razón por la que niego la necesidad de una figura como la del emperador surge de mi creencia en el hecho de que todos los humanos son iguales. Se nos ha explicado que el emperador es descendiente directo de los dioses y que su derecho a mandar le ha sido concedido por los dioses. [...] Si el emperador fuese un dios, sus soldados no morirían. ¿Por qué en su presencia han muerto miles de sus vasallos a causa del Gran Terremoto? Tenemos entre nosotros a alguien que se supone es un dios viviente, alguien que es omnipotente y omnisciente, un emperador del que se supone cumple con la voluntad de los dioses. Sin embargo, sus hijos mueren a causa de las hambrunas, asfixiados hasta la muerte en las minas de carbón o por las máquinas de las fábricas. ¿Por qué sucede esto? Porque al fin y al cabo el emperador no es más que un ser humano. Queremos [ella y Pak Yeol] mostrar al pueblo que el emperador es un ser humano como ellos. Por eso pensamos en lanzarle una bomba y demostrar así que él también moriría como cualquier otro hombre. [...] Los conceptos de lealtad al emperador y amor a la nación son simplemente nociones retóricas que han sido manipuladas

por el diminuto grupo formado por las clases privilegiadas para poder alimentar su avaricia y sus propios intereses.¹⁴

Aunque el argumento que repite constantemente se basa en la igualdad entre todos los seres humanos, creo que la argumentación respecto a las desigualdades que vive su pueblo no es ya el hecho de recibir un trato diferenciado, sino en última instancia el hecho de presentar una figura vacía, incapaz de tomar decisiones o actuar con justicia con relación a su pueblo. La historia japonesa de aquellos años nos demuestra que quienes realmente ostentaban el poder y ejercían la autoridad eran los ministros gubernamentales, y que la figura del emperador no era más que una marioneta en manos de los efectivos poderes políticos. Un hipotético asesinato del emperador sería demostrar no solo el principio de igualdad entre los hombres, mostrando al pueblo japonés la muerte de un «dios viviente», sino, por encima de todo, un golpe a los gobernantes que utilizaban su figura como argumento para perpetrar las mayores atrocidades y justificar las más terribles injusticias en nombre de la debida lealtad a su figura y a la nación por él representada. Kaneko Fumiko destapa otra máscara más de una sociedad anclada en la superstición desvalorizando esa figura autoritaria, la del emperador, que se utilizaba para obligar a la obediencia de las leyes por temor al castigo.

CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas hemos analizado la figura de Kaneko Fumiko. La lucha por la igualdad de ella y de otras mujeres japonesas a lo largo de los años anteriores a la guerra del Pacífico se ha visto reflejada en la sociedad japonesa contemporánea, donde hombres y mujeres tienen en casi todos los ámbitos iguales oportunidades, aunque queden, tanto en Japón como en España, muchos

¹⁴ *Ibidem*, p. 124.

camino por recorrer no solo en lo que se refiere a la igualdad entre sexos, sino también respecto a la justicia social, política y económica. Mujeres como ella abrieron perspectivas nuevas para las futuras generaciones de mujeres nacidas tras sus reivindicaciones. De Kaneko Fumiko tenemos que quedarnos con su defensa de la libertad y la independencia, su búsqueda de la igualdad entre todos los hombres y el afán por erradicar cualquier tipo de sumisión que suponga renunciar a lo más preciado que tiene el ser humano: su libertad. Así lo proclama ante aquellos que la enjuiciaron injustamente: «Antes de postrarme ante los que ejercen el poder, prefiero morir y ser fiel a mi misma».¹⁵ En contraste con la sumisión al poder de su compañero Pak Yeol, que aceptó la condonación de la pena de muerte por pena de prisión cuando en nombre de la benevolencia del emperador se les comunicó a los dos esta gracia, ella rompió el documento que le informaba del cambio de sentencia y se suicidó en prisión. Cumplió su advertencia a los oficiales que la detuvieron y prefirió dejar de ser antes que dejar de ser libre.

15 *Ibidem*, p. 123.